

en la tierra á los sanguinarios idiotas que habían creído salvar á la Francia deshonorándola. El 5, un miembro del Consejo dejó oír amargas quejas contra Panis, el que furtivamente había introducido á Marat en el comité de vigilancia. Panis se presentó á contestar el 6 por la noche; no se sabe lo que pudo decir, pero el Consejo se declaró satisfecho. Su apología había sido precedida por una extraña disertación de Sergent sobre *la sensibilidad del pueblo, su bondad, su justicia*, etc.. Estas habladurías causan horror cuando tienen lugar entre la matanza de París y la matanza de Versalles que la Comuna preparaba, *quería* expresamente.

*Quería*, podemos afirmarlo; de otro modo, no hubiera mostrado una obstinación feroz en violar por tres veces los decretos de la Asamblea. La Asamblea había ordenado que los prisioneros de Orleans continuasen allí, luego que fuesen á Blois, por fin, á Saumur. La Comuna, oponiendo atrevidamente sus decretos á los de los representantes de la Francia, ordenó que los prisioneros fuesen conducidos á París, mejor dicho, á la muerte: que se empezara de nuevo la matanza.

Los directores de la Comuna necesitaban un nuevo golpe de terror no ya para salvar á la Francia (como tantas veces habían repetido), si no para salvarse ellos mismos. El 7, el Consejo general, apremiado de nuevo, se había visto obligado á nombrar una Comisión para que examinase las quejas presentadas contra Panis. La maldición pública comenzaba á pesar sordamente sobre las cabezas de aquellos hombres, y en medio de su terror, se unían cada vez más á Marat, á la idea del exterminio.

En el cambio universal de los espíritus había un hombre que no cambiaba. Solo Marat mostraba una notable constancia en su opinión. Para él, los principios eran ante todo, quiero decir, un solo principio, y muy sencillo: matar. No contento con los prisioneros enviados á las prisiones durante la misma ejecución, continuaba poblándolas con la esperanza de que un día ú otro se vaciarían de una vez. Todos los días afirmaba que la salvación pública exigía «que se asesinara cuanto antes á la Asamblea nacional.»

Su sueño más dulce hubiese sido una San Barthelemy general en toda Francia. París era poco para él. Había obtenido del Comité de Vigilancia que enviaría comisionados para propagar la cosa con este título nuevo: *Comisionados de los administradores de la salvación pública*. Uno de los medios de salvación que estos Comisarios proponían en Meaux, era fundir un cañón del calibre exacto de la cabeza de Luis XVI, á fin de que al primer paso que se atreviesen á dar los prusianos, se les enviase dicha cabeza en lugar de una bala.

La circular en que Marat recomendaba la matanza en nombre de la Comuna, y que había hecho circular bajo sobre del ministro de justicia (gracias á la cobardía de Danton) corría de departamento en departamento. El ejemplo de París, siempre tan poderoso, la autoridad respe-

table de la gloriosa Comuna, causaban gran impresión. En todas las ciudades hay siempre un puñado de alborotadores violentos (ó que fingieren serlo), un buen número también de imitadores imbéciles, que se reunían en la plaza y decían: «¿Y nosotros? ¿Es qué no vamos á hacer algo *atrevido*...?» La debilidad de los periódicos parisienses, que no se atrevían á censurar la matanza, contribuía no poco á engañar á los provincianos. ¿Qué decir cuando se lee en el pálido y frío *Monitor* estas vergonzosas palabras: «que el pueblo había formado la resolución *más atrevida* y más terrible.» Y ¿quién es el que en Francia se conforma con parecer *menos atrevido*?

En Reims, en Meaux, en Lyon, se hizo á conciencia todo lo posible para no quedar muy por debajo de París. Se mataron muchos prisioneros, curas, nobles, y también algunos ladrones; cerca de treinta personas perdieron la vida.

Ningunos prisioneros estaban tan expuestos como los de Orleans; eran unos cuarenta los que esperaban el juicio del alto tribunal que allí tenía asiento. La mayor parte eran hombres que se habían significado de una manera odiosa contra la Revolución. Había entre otros el ministro Delessart, conocido instrumento de las intrigas de la corte, de sus negociaciones con el enemigo. Estaba también allí Mr. de Brissac, comandante de aquella guardia constitucional tan perfectamente reclutada entre los nobles de provincia más fanáticos, los burgueses más retrógrados, los maestros de armas, los espadachines reconocidos en los garitos. Mr. de Brissac reunía condiciones estimables, era amigo personal de Luis XVI; en la corte se le citaba como un perfecto modelo de caballero francés, lo cual no le impedía ser amante de la Dubarry. Fué hallado escondido en casa de su amante, en el pabellón de Louve-ciennes.

La expedición de Orleans fué confiada á dos hombres cruelmente fanáticos, Lazouzki y Fournier, llamado el americano. Este era tan entusiasta por la cosa, que sufragó los gastos necesarios con ayuda de un joyero y algunos otros. Adelantó unos veinte mil francos que más adelante le fueron reintegrados por la Comuna. Lazouski era dos veces furioso, doblemente exasperado, con rabia polaca y francesa. Hay que tener presente que en aquellos momentos (en el verano del 92) los tres asesinos de Polonia consumaban su obra execrable, hipócrita, de reparto. Lazouski se vengaba aquí de los crímenes de Petersburgo. Asesinaba á los realistas, no pudiendo asesinar á los reyes.

La Asamblea, con su apasionado deseo de evitar la efusión de sangre, se humilló una vez más. Se convino tácitamente con la Comuna. Se acordó que los prisioneros no llegarían á París, si no que se quedarían en Versalles. Roland lo hizo preparar todo allí. Se envió por delante, para protegerlos, una masa de guardia nacional.

Versalles no era menos peligroso que París. Ya lo hemos visto el 6 de Octubre. En ninguna parte era más odiado el antiguo régimen. Ha-

bía además entonces en aquella ciudad cinco ó seis mil voluntarios, no armados, no uniformados, que esperaban el momento de partir, desocupados, aburridos y descontentos, vagando por las calles y tabernas. Excusado es decir que la noticia de la llegada de los prisioneros de Orleans los puso en conmoción. Se podía apostar que si llegaban á Versalles, perecerían hasta el último.

Se asegura que un magistrado de Versalles, adivinando el peligro, fué á París y corrió á casa de Danton, que le recibió muy mal. Danton no podía ordenar que el cortejo retrocediera, sin cortar el gran litigio, sin declararse por la Asamblea contra la Comuna. La Comuna acababa de lograr una victoria; aquel mismo día había sido nombrado Marat diputado por París. Danton, gruñendo, dijo al pronto estas palabras, en voz baja, como un perro:—«Esos hombres son muy culpables.—Concedido, pero el tiempo apremia...—¡Esos hombres son muy culpables!—¿Pero, en fin qué queréis hacer?—¡Eh! ¿caballero, exclamó entonces Danton con voz de trueno, *no véis que si tuviera algo que responderos, hace tiempo que ya lo habría hecho?*... ¿Qué os importan esos prisioneros? Cumplid vuestro deber. Ocupaos de vuestros negocios.»

La cosa ocurrió como podía preverse. La escolta formada delante y detrás, no protegía los flancos del convoy. En la verja de la Orangeirie una tropa confusa rodeó las carretas y las asaltó. Un jardinero al que otro tiempo había despedido Mr. de Brissac le dijo: «¿Me reconoces?» (Sabemos este detalle por un testigo ocular.) Le cogió por la solapa y le rompió en la cabeza un jarro de barro que tenía en la mano. Esto fué el principio de la matanza. El alcalde de Versalles hizo esfuerzos increíbles para salvar á los prisioneros; él mismo estuvo en peligro. Todo fué inútil. Una vez excitados con la vista de la sangre corrieron á la prisión y mataron allí todavía una docena de personas.

Lazouski y Fournier volvieron tranquilamente á París con sus carretas vacías y no encontraron allí el recibimiento que se habían hecho la ilusión que tendrían. Sus hombres, inquietos al no ver París tan *enérgico* como le habían dejado, intentaron tranquilizarse con alguna demostración de aprobación del ministro patriota. Fueron ante la casa del ministro de justicia y gritaron: «¡Danton! ¡Danton!» Contestó á este llamamiento, y parecía en el balcón el miserable esclavo acostumbrado á ocultar la debilidad de sus actos con el orgullo de su palabra: «El que os da las gracias, dijo (al menos así se asegura) no es el ministro de la justicia, es el ministro de la Revolución.»

Danton se veía entonces en una crisis peligrosa en la que iba á encontrarse frente de la terrible Comuna, en oposición con ella; la máscara que había adoptado peligraba que se la arrancasen. Disputaba á la Comuna la vida de un prisionero mucho más importante para él que todos los que habían perecido en Versalles, el célebre constituyente Adrián Duport. La corte le había consultado, lo mismo que á Barnave y á Lameth.

En el mismo manifiesto de Leopoldo, en el retrato poco lisonjero que el emperador hacía en él de los Jacobinos, se había creído reconocer la pluma demasiado hábil del famoso triunvirato.

Estas culpables inteligencias con el enemigo eran demasiado creíbles, pero no estaban de ningún modo comprobadas. Lo que lo estaba mejor, lo que era cierto, histórico, eran los inmensos servicios que Adrián Duport había prestado, en la Constituyente, á la Francia y á la Revolución. La vida de semejante hombre era en verdad sagrada. La Revolución no podía atentar contra ella si no con mano parricida. Danton quería salvarle á toda costa, y con ello pagaba la deuda de la patria, mejor aun, la de la humanidad entera. ¿Quién no recordaba las palabras conmovedoras de Duport en su discurso contra la pena de muerte: «Hagamos al hombre respetable ante el hombre?...»

Todo esto estaba ya olvidado. ¡Y apenas hacía un año, de tal modo había caminado aprisa el tiempo desde el 91 al 92! Pero Danton se acordaba y quería salvar á Duport á toda costa.

Danton podía tener alguna razón personal para temer que un hombre que sabía tantas cosas fuese interrogado é hiciese pública confesión. En la primitiva organización de los Jacobinos, y más adelante, quizás en algunas de sus intrigas con la corte, habría probablemente empleado Duport á Danton. ¿Era interés? ¿generosidad? acaso los dos motivos á la vez le hacían desear apasionadamente salvar á Duport.

Este era precisamente uno de los que el comité de vigilancia había tenido cuidado de hacer buscar, en el momento de las visitas domiciliarias, el 28 de Agosto. Sin embargo no estaba de ningún modo comprometido por los últimos acontecimientos. Hacía más de seis meses que la corte no se servía de Duport ni de los constitucionales; no se dignaba ya engañarlos; no tenía esperanza más que en el apoyo del extranjero. Duport, que continuaba en París, en su casa del Marais, no se ocupaba más que de cumplir sus deberes como presidente del tribunal criminal; era un magistrado, un burgués inofensivo, un guardia nacional; había hecho su guardia en la noche del 10 de Agosto, había permanecido en su puesto y no había estado en el castillo. Durante las jornadas de Septiembre había estado en su casa de campo de Nemours; el 4, cuando volvía de paseo con su mujer, fué arrestado por el alcalde del lugar acompañado de unos treinta guardias nacionales.

El ilustre legista dijo á aquel alcalde de aldea que su autorización de un comité de policía de París no tenía valor alguno fuera de París. Pero la población estaba muy agitada; y las amenazas de los voluntarios que estaban allí, obligaron al alcalde á conducirlo á las prisiones de Melun. Si hubiera sido llevado á París, hubiera perecido con seguridad; aún mataban allí el 5 y hasta el 6. Afortunadamente avisado Danton á tiempo, ordenó á la municipalidad de Melun que le conservaran prisionero, fuesen cual fuesen las órdenes que se le comunicasen. Además, y por temor de que su mensaje no llegara ó no produjera efecto,

dió orden á todas las autoridades de las localidades del camino que detuviesen á tan importante prisionero en cualquier punto del viaje en que se hallara.

Entretanto los celosos de Melun no perdían el tiempo. Hicieron creer á Duport que iban á reclamar ante la Asamblea nacional contra la ilegalidad de su detención y en realidad lo que hicieron fué pedir al comité de vigilancia una nueva orden para sacarle de la prisión de Melun y conducirlo á París. Llegó esta orden á Melun y ved á la municipalidad de esta ciudad entre el comité de vigilancia que ordena que se le entregue y el ministro de justicia que manda que le conserven. En la duda cree lo más prudente no hacer nada, dejar las cosas en el mismo estado en que se hallaban y guarda al prisionero.

Danton había previsto muy bien el conflicto. Al siguiente día del en que envió á Melun, se proveyó de un decreto de la Asamblea (8 de Septiembre) que encargaba al poder ejecutivo (es decir á Danton) que acordase acerca de la legalidad de la detención de Duport. Con este acto vigoroso, arrancaba Danton un víctima á la Comuna; era la primera vez que se mostraba valiente contra ella y que se atrevía á oponérsela, desmintiendo su falsa unanimidad con los hombres de la sangre.

Duport continuó en Melun; pero Danton no se atrevió á llevar más adelante su ventaja. Rogó al comité de vigilancia que comunicase los antecedentes á los tribunales. El comité repuso con dureza que no necesitaba instruir proceso para prender á semejante hombre, que por otra parte habían encontrado sobre Duport cartas singularmente sospechosas. El comité se sentía fuerte. Las matanzas se habían traducido inmediatamente en elecciones favorables á la Comuna. En los días de terror en que las asambleas electorales eran poco numerosas, los violentos luchaban con ventaja. El 5 eligieron á Robespierre y el 8 á Marat. Dos días después de la matanza de Versailles, el 11, resultaron elegidos Panis y Sergent.

Entonces creyó Marat que podría obligar á Danton, poniéndole en el caso de adoptar una situación más clara que la que hasta allí había mostrado. Le tenía cruelmente cogido por el asunto de Duport. El 13 publicó con las cartas de Danton y del comité, las que se habían encontrado sobre Duport, cartas enigmáticas, y á propósito por lo tanto para excitar la curiosidad. Estas cartas publicadas primero en el *Amigo del pueblo*, se insertaron después en otros diarios; todos aprovecharon la ocasión para perder á Danton, mostrándolo en connivencia con un conspirador realista. Marat creyó haberle herido de muerte; entonces le escribió una carta injuriosa, insultante, en la que le anunciaba que desde los periódicos folletos y pasquines, iba á arrastrarle por el lodo.

El león furioso sintió la cadena, se vió cogido por un perro... Ni siquiera rugió. Cedió á las circunstancias, devoró su corazón y corrió á la alcaldía. En el mismo hotel residían el inocente alcalde de París, Petion, y la dictadura de la matanza, el comité de vigilancia, Marat y los

maratistas. Danton no fué desde luego recto al que quería ver, si no á casa de Petion. Gritó, gesticuló, declamó contra la insolente carta que Marat se había atrevido á escribirle.—«Pues bien, le dijo Petion, bajemos al comité y os explicaréis juntos.»—Bajaron. En presencia de Marat, se volvió á apoderar el orgullo de Danton, y trató á aquel duramente. Marat no desmintió nada, sostuvo lo que había dicho, añadiendo que por lo demás, en semejante situación debía olvidarse todo. Y entonces tuvo un arranque de sensibilidad, como le sucedía con frecuencia, desgarró la carta que había mortificado á Danton y se arrojó en sus brazos. Danton soportó el beso, sin perjuicio de lavarse en seguida.

No por ello dejaba de sentir la cadena ceñida al cuello. Marat le tenía cogido por Duport. Si Danton defendía á Duport, estaba perdido, mordido de muerte por Marat. Si Danton entregaba á Duport, estaba perdido probablemente; Duport hablaría, sin duda, antes de morir, y arrastraría consigo á Danton.

Este debía esperar, ganar tiempo. Los maratistas podían perecer por sus mismos excesos. Lo que parecía que debía romper, en muy poco tiempo, aquella tiranía anárquica, no era solamente el horror de la sangre, si no el temor al pillaje. Los robos se multiplicaban. Los que se creían dueños de la vida de los hombres, se creían con mayor razón dueños de sus bienes.

Si Marat no aconsejaba el reparto de las propiedades, su amigo Chabot aseguraba que era porque no creía á los hombres todavía bastante virtuosos. Muchos no lo creían así; se juzgaban suficientemente virtuosos para empezar, ensayaban hacer el reparto con sus propias manos; primero el de las alhajas, y los relojes, en pleno día, en los bulevares. Si el hombre despojado gritaba, los ladrones gritaban mucho más alto: «¡Al aristócrata!» La multitud pasaba con la cabeza baja ante aquel grito tan temido, y no se atrevía á intervenir.

París volvía al estado salvaje.

Y como sucede en tales casos, no esperando los individuos nada de la protección de la ley, intentaron asociarse para protegerse ellos mismos. Las antiguas fraternidades bárbaras, los ensayos antiguos y groseros de solidaridad, de protección mutua, encontraron imitadores en París, á fines del siglo diez y ocho. En la Abadía, la sección ensangrentada, temblando todavía por la matanza, propuso á las otras secciones «una confederación entre todos los ciudadanos para garantizarse mutuamente los bienes y la vida.» Debían hacerse reconocer llevando siempre consigo una tarjeta de la sección. De este modo cada uno tenía su sección por garantía, estaba protegido por ella. Debía esperarse que ya no se vería á un desconocido, á un quidam con banda, llamar á la puerta *en nombre de la ley*, romperla si no la abrían, coger á un ciudadano, llevársele y arrojarle en las prisiones todavía húmedas de sangre. Luego, cuando se quería buscar el origen, no se encontraba nada. ¿En el comité de vigilancia y de policía? El mismo no sabía nada. Se acababa